

CAPITULO IV

LOS SISTEMAS MORALES.

EL HEDONISMO.

El hedonismo -del griego hedoné =placer=- es, como su nombre lo indica, la "moral del placer". Esta doctrina otorga el máximo valor, entre todos los fines, a todo aquello que incluye un carácter placentero, como la alegría, el bienestar, el goce, etc., en fin, lo que en una palabra llamamos "placer". Para "el hedonismo, como teoría ética, resulta moralmente buena toda aquella conducta que tiene por fin el placer o, por lo menos, la negación del dolor o displacer".

Esta doctrina que sostuvieron ya algunos sofistas, y que tiene por fundador a Aristipo de Cirene, que vivió unos 380 años A. de C., estipula que existe un solo bien para el hombre, que es el placer, y un solo mal, que es el dolor. En consecuencia, la finalidad del hombre es tender al goce de la vida, a obtener el placer y evitar toda clase de dolor. Esta es, según la escuela Cirenaica, la ley de la naturaleza.

El placer es para el hedonismo el único bien, y si hemos de escoger entre diversos placeres, la elección debe recaer en el placer más vivo e intenso. Además, como el pasado y el futuro no dependen de nosotros, lo prudente es aprovechar el placer que se nos ofrece en todo momento sin preocuparnos de las consecuencias. Gozar del instante que pasa, disfrutar al máximo los goces que ofrece cada hora; ésta es en el fondo, la doctrina del hedonismo, que pocas veces encontró en la historia de la ética expositores sistemáticos.

Sin embargo, a comienzos del siglo pasado, el reformador social Charles Fourier (1772-1837) remontó la doctrina hedonista, dándole otro desarrollo. Según él, los sentimientos y

las pasiones son el único motor de la actividad humana, puestos por Dios mismo en el corazón del hombre. Es necesario, por lo tanto, abandonarse a ellos material y espontáneamente. En cambio, todas las reglas morales, las prescripciones y prohibiciones son, según él contrarias a la ley divina.

En resumen, el hedonismo puro se caracteriza, el último análisis, por dos rasgos principales: el primero consiste en proclamar la soberanía del instante, y el segundo en considerar cada momento aisladamente de los demás, con lo cual se rompe la continuidad de la vida y se da a cada tendencia un idéntico valor, rompiendo, a la vez, la unidad de la personalidad psicológica.

El más leve examen de esta doctrina nos muestra que es insostenible, tanto desde el punto de vista psicológico como moral. Desde el punto de vista psicológico esta doctrina es inexacta, puesto que gracias a la memoria, recordamos el pasado y merced a la imaginación prevemos el futuro. Desde el punto de vista moral no es posible identificar el placer con el bien. Precisamente la obediencia ciega a los instintos es lo contrario a la conducta moral que exige la reflexión. Además, el placer no siempre es un bien. Hay placeres especialmente los sensuales, que acarrear dolores. Por otra parte, el abuso de los placeres crea la necesidad de buscar cada vez placeres nuevos y más intensos, pero nos priva a la vez de la capacidad de disfrutarlos.

Estas objeciones no significan que debemos desterrar el placer de la vida moral. Existen placeres legítimos, sanos y nobles, como la alegría que nos proporcionan las acciones morales o la satisfacción que nos producen las actividades de nuestras facultades intelectuales o artísticas. Pero el placer por el placer no es un bien en sí, ni puede ser la finalidad de nuestra vida; porque, como ya lo hemos dicho, en muchos casos puede ser un mal. Es lo que ocurre, por ejemplo, con los placeres de la interperancia, que pueden tener como consecuencia enfermedades bien graves, la pérdida de la salud y hasta de la razón.

Si consideramos, por último, que existen placeres momentáneos y fugaces, como los de la pasión, y otros más durables y permanentes, como los proporcionados por el bienestar, la salud y la consideración, es el caso de averiguar si resulta preferible sacrificar los placeres durables de la vida en beneficio de los que son puramente pasajeros.

De todas estas consideraciones debemos concluir que el placer, como tal, no puede servir de principio para regir nuestra conducta moral.

EL EUDEMONISMO.

(El eudemonismo, nombre que deriva del término griego eudemonía y que significa "felicidad", considera el fin último, no el placer del momento fugaz sino la felicidad, en el sentido de la satisfacción espiritual duradera, el estado de contento del alma, la calma permanente de la vida, sin agitación, sin preocupación.)

(Según esta doctrina, cuya exposición primera se debe a Epicuro, los placeres superiores, los placeres del espíritu son los que han de buscarse, porque son los más duraderos y profundos. Son los únicos que nos conducen a la felicidad.)

Esta felicidad, que es la finalidad de la vida, solo puede lograrse, según Epicuro, por la limitación de los deseos, que pueden ser de tres clases:

- 1) Los que representan necesidades naturales, como beber y comer.
- 2) Los que son naturales pero no indispensables, como el refinamiento del gusto, la variedad de los placeres, etc.
- 3) Los que no son ni naturales, ni necesarios, como la riqueza, los honores o el poder.

La sabiduría consiste en suprimir las dos últimas clases. Con un trozo de pan se puede ser el más feliz de los hombres.

Los medios prácticos que Epicuro aconseja para lograr la felicidad consiste en la temperancia, el valor, la justicia, la amistad, la bondad para con el prójimo y el desdén por las riquezas, los honores y la política.

Esta sucinta exposición de la moral de Epicuro nos muestra que es completamente diferente del concepto vulgar que se tiene del epicureísmo. Pero, así y todo, el eudemonismo tampoco es una doctrina aceptable. Es incompleta y solo puede valer para algunos casos aislados, y no como norma universal. Además es vaga, puesto que cada uno puede formarse un concepto diferente de la felicidad y buscarla por medios muy diversos.

(Edonismo y Eudemonismo extraídos del libro "Filosofía" de Gregorio Fingermann)

ESTOICISMO.

(Fueron sus principales representantes Séneca, Marco Aurelio y Epicteto.) Puede reducirse a la noción de virtud y a la doble máxima: "sustine, abstine".

- 1°. El bien supremo es la virtud. La virtud consiste en obrar conforme a la naturaleza; y como la naturaleza del hombre es racional, en obrar conforme a la razón. Esto se conseguirá si vivimos en armonía con nosotros mismos, con nuestros semejantes y el universo entero. Todas nuestras obras deben amoldarse a esta vida de serenidad y armonía. La virtud se basta a sí misma, y es su propia recompensa.
- 2°. "Sustine, soporta". Por encima de todo debemos aspirar a la serenidad de ánimo. Debemos soportar todos los males físicos sin inmutarnos ni afligirnos. El ideal del filósofo es llegar a la imperturbabilidad (ataraxia) y desprecio de la opinión. Fuera de la virtud todo debe sernos indiferente. No son las cosas que nos perturban, sino la opinión que nos formamos de ellas. "Si la muerte nos parece terrible, es porque nos la imaginamos

así". No importa, pues, juzgar bien las cosas. Hay dos suertes de cosas: unas que dependen de nosotros mismos que podemos procurarnos o evitar; otras que no están en nuestras manos ni procurarnos, ni impedir. La norma de conducta debe ser no considerar como bienes o males sino lo que depende de nuestra voluntad y juzgar como absolutamente indiferente lo que no depende de ella. El poeta Horacio pinta así la imperturbabilidad del estoico: "Si fractus illabatur orbis, impavidum ferient ruinae". "Si el universo estalla, sus fragmentos podrán herirlo, pero no intimidarlo".

- 3°. "Abstina, abstente". Las pasiones perturban la serenidad mediante el halago del placer. El ideal del filósofo es destruirlas y extirparlas, hasta llegar a la insensibilidad (apatheia).

La moral estoica es una doctrina elevada y fue una escuela de dignidad y nobleza para la antigüedad. En ella se moldearon los grandes caracteres romanos. Sin embargo, cayó en errores importantes.

- 1°. La virtud no es el bien soberano; la virtud no es sino la tendencia al bien en sí, el hábito de obrar rectamente, sin desviarnos de él. La virtud no se basta a sí misma: necesita ser estimulada por una obligación que nos la imponga, y por una sanción que nos la recompense. Ni el bien en sí, ni la obligación, ni la sanción aparecen para nada en la moral estoica. Además la doctrina de que el hombre se basta plenamente a sí mismo, lleva al orgullo.
- 2°. Al exigir la perfecta imperturbabilidad, el estoicismo desconoce la naturaleza humana. No siempre nos es dado suprimir el sufrimiento con cambiar la opinión que tenemos sobre el objeto que nos lo causa. Por regla general no es la opinión la que forja las cosas, sino que son las cosas las que forjan la opinión.

3°. Al exigir la insensibilidad mutila la naturaleza del -- hombre. Los sentimientos son parte esencial de ella, y no podemos destruirlos. Las pasiones no son de suyo malas, y podemos aprovecharlas para el bien.

En síntesis, la moral estoica es digna y elevada, y fue una noble reacción contra el hedonismo y el epicureísmo. Peca sobre todo por la exageración en la aplicación de sus principios: esto la hace impracticable para la gran generalidad de los hombres; pero dentro del justo límite sus consejos pueden ser muy útiles.

UTILITARISMO.

Para esta doctrina, el bien supremo y fin a que debe tender el hombre es lo útil. Pero, dentro de esta corriente, se distinguen dos puntos de vista:

- 1) Para algunos filósofos la utilidad considerada es la del individuo. En este sentido se asemeja al eudemonismo. Este punto de vista fue expuesto por el filósofo inglés Hobbes (1588-1679).
- 2) La otra tendencia, que representa una forma más elevada del utilitarismo, considera el bien como aquello que es útil para la sociedad. Esta última opinión es la que sostienen, entre otros, los filósofos ingleses Bentham y Stuart Mill y el filósofo dinamarqués Harold Hoffding.

Jeremías Bentham (1748-1832), cuya fórmula es la mayor felicidad para el mayor número de hombres, sostiene también que el hombre debe procurar el placer, pero los placeres deben ser de mayor cantidad y de mayor duración.

A este fin instituye ciertas reglas para el "cálculo de los placeres", con el objeto de determinar cuál es el más conveniente, que él llama aritmética moral. Mediante este cálculo trata de medir la cantidad de placer que puede proporcionar un acto determinado. Este cálculo se efectúa te-

niendo en vista los caracteres siguientes:

- 1) La intensidad del placer que acompaña a la acción;
- 2) la duración;
- 3) la proximidad;
- 4) la certeza;
- 5) la pureza, en el sentido de que no existe en él ninguna mezcla de dolor;
- 6) la fecundidad, en el sentido de las ventajas o desventajas que acarrea; y
- 7) la extensión, es decir, el número de individuos que participan de la dicha que produce la acción.

Se trata aquí del tránsito del interés personal al interés general. Bentham asigna a cada uno de estos caracteres un valor numérico positivo o negativo, según sea un placer o un dolor lo que acarrea la acción, y se hace la suma algebraica.

No es difícil notar que todo este cálculo es artificial, arbitrario e inexacto, a pesar de su aparato matemático, y por consiguiente resulta inaceptable.

John Stuart Mill (1806-1873), discípulo de Bentham, ha perfeccionado el sistema de su maestro, y su concepción del utilitarismo significa un verdadero progreso en comparación con la concepción anterior. Mientras que Bentham consideraba solamente la cantidad en la elección de los placeres, Stuart Mill tiene en cuenta principalmente la cualidad. Los diversos placeres -dice- son específicamente diferentes y, de hecho, todos los hombres estiman que ciertos placeres son preferibles a otros, aunque éstos sean más numerosos. El problema que se presenta ahora es determinar con qué criterio se puede reconocer cuáles son los placeres de valor

superior, los realmente preferibles.

Como buen filósofo empirista, Stuart Mill nos dice que para esto hay que recurrir a la experiencia, consistente en una especie de plebiscito moral: para saber cuándo un placer es más noble que otro debemos recurrir al juicio de la mayoría y de los más sabios.

Pero aquí debemos hacer notar que no siempre la mayoría tiene razón, ni el juicio de los sabios es el mejor, pues también suelen equivocarse. Sin embargo, hay que reconocer que el juez competente que propone Stuart Mill es el hombre de bien, que conoce la virtud, de donde resulta que esta concepción está muy lejos del egoísmo grosero que se atribuye comúnmente al utilitarismo.

Además, Stuart Mill no coloca en el mismo plano la felicidad personal y la felicidad general, sino que subordina la primera a la segunda. Hay que saber sacrificar el bien personal en beneficio del bien de los demás, siempre que únicamente la dicha de la humanidad, pues de lo contrario es un sacrificio inútil. Como se ve, el utilitarismo de Stuart Mill, en el fondo, es una especie de altruismo, porque busca la felicidad y el bien general. El punto débil de la doctrina de Stuart Mill, y que la hace inconsistente, es haber tomado como fin moral el placer o la felicidad, con lo cual todo su sistema se resiente de una contradicción interna, porque oscila entre dos principios opuestos, el egoísmo y el altruismo, y termina por transformarse en un sistema hedonista.

("Utilitarismo" Filosofía. Gregorio Fingermann.)

KANT.

Consecuentemente con su norma de rechazar toda noción que no esté fundada en principios a priori, Kant rechaza la moral tradicional basada en la naturaleza del hombre y de Dios, legislador supremo y último fin. Tampoco acepta las morales fundadas en las nociones de placer, utilidad y felicidad, por juzgarlas interesadas; ni las fundadas en los datos brindados por la experiencia psicológica, por carecer de los caracteres de necesidad y universalidad. Para él la única base aceptable de la moral es el imperativo categórico, forma a priori de la razón práctica. Expongamos sus puntos fundamentales.

- 1°. El objeto de la moral o la buena voluntad. El objeto de la moral, lo que todos admiten por íntegramente bueno, es la buena voluntad, la intención recta de obrar bien. En consecuencia, no existe el bien en sí, sino que uno lo crea con la buena voluntad. Las cosas no se nos mandan porque son buenas, sino que son buenas porque se nos mandan.
- 2°. El principio de la moral o imperativo categórico. El principio de la moral es el deber o imperativo categórico. Se llama imperativo porque manda; categórico, porque ordena sin condición, en forma absoluta: haz el bien, huye del mal. ¿Pero, de dónde proviene? Indiscutiblemente de la razón, que es la facultad de lo absoluto y necesario. El imperativo categórico se nos presenta bajo varias formas; la primera, como principio o criterio de moralidad, y es la siguiente: "Obrá de tal manera que la razón de tus actos pueda convertirse en ley universal".
- 3°. El fin de la moral. "El deber por el deber". El imperativo categórico se impone por él mismo, como absoluto que es: y debe cumplirse por sí mismo. Cualquier otro motivo que nos mueva a cumplirlo debe ser rechazado. Así Kant repudia: a) toda sanción, ya que el deber no